

UNA TEMPORADA EN TINKER CREEK

ANNIE DILLARD

TRADUCCIÓN DE TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA



errata naturae

ÍNDICE

1. EL CIELO Y LA TIERRA PARA PASAR EL RATO	11
2. VER	29
3. INVIERNO	57
4. LO ESTABLECIDO	83
5. DESATANDO EL NUDO	109
6. EL PRESENTE	117
7. PRIMAVERA	155
8. INTRINCACIÓN	183
9. INUNDACIÓN	217
10. FECUNDIDAD	233
11. ACECHO	265
12. VIGILANCIA NOCTURNA	299
13. LOS CUERNOS DEL ALTAR	321
14. HACIA EL NORTE	351
15. LAS AGUAS LUSTRALES	375

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2017

TÍTULO ORIGINAL: *Pilgrim at Tinker Creek*

©1974 by Annie Dillard

© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara

© Errata naturae editores, 2017

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-33-2

DEPÓSITO LEGAL: M-43459-2016

CÓDIGO BIC: BM

IMAGEN DE PORTADA: Gabor Dvornik / EyeEm

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

para Richard

*Siempre fue, es y será fuego eterno
que se enciende según medida
y se extingue según medida.*

Heráclito

EL CIELO Y LA TIERRA
PARA PASAR EL RATO

Antes tenía un gato, un viejo golfillo que saltaba por la ventana cuando estaba abierta para aterrizar en mi cama en mitad de la noche y acurrucarse sobre mi pecho. Me despertaba a medias. Colocaba el cráneo debajo de mi nariz —apestaba a orines y a sangre— y se ponía a ronronear. Algunas noches me amasaba enérgicamente el pecho desnudo con las patas delanteras mientras arqueaba el lomo, como si estuviera afilándose las uñas o dando empujoncitos a su madre para mamar. Y algunas mañanas, cuando me despertaba al amanecer, me encontraba llena de huellas de patitas ensangrentadas, como si me hubieran dibujado rosas.

Hacía calor, tanto que el espejo estaba caliente. Aturdida, me lavaba delante del espejo con el agitado sueño estival aún colgando de mí como un alga marina. ¿Qué sangre era ésa, qué rosas? Podría haberse tratado de la rosa de la unión y la sangre del asesinato o de la rosa de la belleza desnuda y la sangre de algún inefable sacrificio o nacimiento. Esa señal en mi cuerpo podría haber sido

un emblema o una mácula, las llaves del reino o la marca de Caín. Nunca lo supe. Nunca supe si al lavarme y hacer que la sangre se difuminara, se disolviera y al fin desapareciera estaba purificándome o estropeando la señal de sangre de la Pascua¹. Nos despertamos, si es que alguna vez lo hacemos realmente, al misterio, al rumor de la muerte, a la belleza, a la violencia... «Parece que nos hubieran soltado aquí —me dijo hace poco una mujer— sin que nadie sepa la razón».

Éstas son vicisitudes de la mañana, imágenes que sueñas mientras la ola final te arroja sobre la arena bajo la luz radiante y la sequedad del aire. Recuerdas la presión, el sueño curvo en el que te apoyabas, blando, como un molusco dentro de su concha. Pero el aire te endurece la piel; te levantas, abandonas la orilla iluminada para explorar algún sombrío acantilado y, de pronto, te encuentras perdido tierra adentro, entre la fronda, con actitud decidida y sin memoria.

Por las mañanas, cuando me levanto, sigo pensando en aquel viejo gato. Ahora las cosas son más tranquilas, duermo con la ventana cerrada. El gato y nuestros ritos desaparecieron y mi vida ha cambiado, pero aún guardo el recuerdo de algo intenso. Me despierto ansiosa, con la esperanza de ver algo nuevo. Si tengo suerte, puede que

¹ «La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis. Cuando yo vea la sangre pasará de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora cuando yo hiera el país de Egipto» (Éxodo, 12, 13). [Todas las notas son de la traductora].

me espabile algún gorjeo extraño. Me visto a toda prisa imaginando la zona delantera de la finca llena de alcas o de flamencos aleteando. Esta mañana había un pato joyuyo abajo, en el arroyo. Salió volando.

Vivo junto a un arroyo, el Tinker, en un valle entre las montañas Blue Ridge de Virginia. En inglés, los refugios de los ermitaños también reciben el nombre de «agarré de ancla»; algunos de ellos eran simples cobertizos adosados a los laterales de una iglesia como un percebe a una roca. Pienso en esta casa adosada al lateral del arroyo Tinker como uno de aquellos refugios. Me mantiene anclada a su fondo rocoso y me proporciona estabilidad en la corriente frente al raudal de luz que se vierte desde arriba, como haría un ancla marina. Es un buen sitio para vivir; en él hay mucho que pensar. Los arroyos —el Tinker y el Carvin— son un misterio activo que se renueva minuto a minuto. El suyo es el misterio de la creación continua y de todo lo que supone la providencia: la incertidumbre de la visión, el horror de lo inamovible, la disolución del presente, la intrincación de la belleza, la presión de la fecundidad, la esquividad de lo libre y la naturaleza defectuosa de la perfección. Los montes —el Tinker y el Brushy, y las lomas de McAfee y Dead Man— son un misterio pasivo, el más antiguo de todos. El suyo es el simple misterio de la creación a partir de la nada, de la materia misma, de cualquier cosa, de lo que viene dado. Las montañas son gigantes, reconfortantes, absorbentes. Puedes lanzar tu espíritu a una montaña y la montaña lo guardará bien doblado y no lo devolverá, como sí harían

algunos arroyos. Los arroyos son el mundo con todos sus estímulos y belleza; allí es donde vivo. Pero las montañas son el hogar.

El pato joyuyo salió volando. Sólo percibí el fugaz destello de algo parecido a un brillante torpedo que sacudía las hojas al emprender el vuelo. De vuelta en casa, desayuné un cuenco de gachas de avena. Mucho después apareció el sesgado haz de luz que me anunció una buena caminata.

Si el día es bueno, cualquier paseo viene bien, todo parece bello. El agua, en particular, presenta su mejor aspecto al reflejar el cielo azul en las charcas, al desmenuzarse en las zonas de gravilla poco profundas y convertirlo en blancas cascadas y espuma en los tramos rápidos. En un día nublado o brumoso todo está descolorido y apagado, salvo el agua, que lleva sus propias luces. Me encamino hacia las vías del tren, hacia la colina por donde sobrevuelan las bandadas de aves, hacia el bosque donde habita la yegua blanca. Pero me dirijo al agua.

Hoy es uno de esos excelentes días de enero parcialmente nublados en los que la luz escoge una inesperada parte del paisaje para adornarla de oro y luego las sombras lo barren. Sabes que estás viva. Das grandes zancadas intentando sentir la curvatura del planeta bajo tus pies. Kazantzakis cuenta que de joven tenía un canario y un globo terráqueo. Cuando soltaba al canario, se posaba en el globo y se ponía a cantar. Durante toda su vida, mientras recorría el mundo, sintió como si llevara sobre la mente un canario cantando.

Al oeste de la casa, el Tinker forma un meandro muy pronunciado, de tal modo que el arroyo pasa tanto por la parte trasera de la casa, al sur, como por el otro lado de la carretera, al norte. Me gusta ir por el norte. Allí el sol del atardecer cae justo sobre el arroyo, acentuando sus reflejos azules e iluminando las hileras de árboles de las orillas. Los bueyes bajan a beber desde los pastizales que hay al otro lado; siempre divisó algún conejo por allí; me siento en un tronco a la sombra y observo a las ardillas que están al sol. Hay dos vallas de madera separadas, suspendidas de unos cables, que cruzan el arroyo un poco más arriba del árbol caído que hace las veces de banco y que sirven para que los bueyes no se escapen río arriba o río abajo cuando vienen a beber. Las ardillas, los niños del vecindario y yo utilizamos la valla de más abajo a modo de puente colgante para cruzar el arroyo. Pero los bueyes están hoy allí.

Me siento en el árbol abatido y veo cómo los bueyes negros se resbalan con el fondo del arroyo. Todos son carne de vacuno de cría: corazón de vacuno, cuero de vacuno, jarrete de vacuno. Son una producción humana, como el rayón. Son como un campo de zapatos. Tienen patas de hierro fundido y lenguas como plantillas de espuma. No puedes ver a través de su cerebro como sucede con otros animales; tienen grasa vacuna entre los ojos, estofado de ternera.

Cruzo por la valla a casi dos metros de altura sobre el agua, pasando las manos por el cable oxidado e intentando mantener el equilibrio con los pies por el borde

estrecho de los tablonos. Cuando alcanzo la otra orilla y llego a tierra firme, hay un grupo de bueyes delante de la alambrada que quiero traspasar. Así que doy una entusiasta carrera para adelantarlos mientras agito los brazos y grito: «¡Rayo! ¡Serpiente cabeza de cobre! ¡Albóndigas suecas!». Se dan a la fuga, también en grupo, tropezándose por la llanura cubierta de pasto. El viento me golpea la cara.

Después de colarme por debajo de la alambrada, de cruzar un prado y saltar por un tronco de sicomoro que yace sobre el agua, llego a un islote con forma de lágrima en medio del Tinker. En un lado está la orilla escarpada y frondosa del arroyo; por allí la corriente es rápida y las aguas profundas. En el otro, está la pradera llana que he atravesado, junto a los pastos de los bueyes; las aguas que discurren entre ese campo y la isla son mansas y poco profundas. Durante el estiaje del verano, los lirios y los juncos crecen en una sucesión de charcas que refresca la corriente perezosa. Los zapateros de agua se pasean por la superficie, los cangrejos de río se encorvan por el cieno mientras comen porquería, las ranas croan y brillan y los pececillos plateados y las pequeñas breñas se esconden entre las raíces de la mirada verde y taciturna de la garza. Vengo a esta isla todos los meses del año. La recorro parándome de vez en cuando a observar, o me subo a horcajadas sobre el tronco de sicomoro que cruza el arroyo con las piernas bien recogidas para que no me dé el agua en invierno e intento leer. Hoy me siento en la hierba seca que hay al fondo de la isla junto a la bifurcación más man-

sa del río. Siento predilección por este punto. Acudo a él como si de un oráculo se tratara; regreso como un hombre trata de localizar el campo de batalla donde perdió una pierna o un brazo años atrás.

Hace un par de veranos estaba paseando por el perímetro de la isla para ver si había algo que ver y, sobre todo, para asustar a las ranas. Las ranas tienen una forma poco elegante de saltar desde lugares invisibles de la orilla, justo delante de tus pies, mientras emiten un «¡ay, ay!» anfibio y se zambullen en el agua dominadas por el pánico. Aunque parezca mentira, es algo que me divertía y me sigue divirtiendo. Caminando por la orilla herbosa de la isla, me sentía mejor a medida que veía a las ranas entrar y salir del agua. Aprendí a reconocer, si aminoraba la marcha, la diferencia de textura de la luz según la reflejara un banco de lodo, el agua, la hierba o una rana. Las ranas volaban a mi alrededor. En el extremo de la isla localicé una pequeña rana verde. Estaba justo entre la tierra y el agua, con la apariencia del diagrama esquemático de un anfibio, y no saltó.

No saltó; me acerqué a ella con cautela. Al final me arrodillé sobre la hierba seca del invierno, desconcertada, muda de asombro, mirando a la rana a poco más de un metro de distancia. Era una rana muy pequeña de ojos muy abiertos y sin brillo. Y justo cuando la estaba mirando, se desplomó despacio y empezó a encorvarse. El espíritu se desvaneció de sus ojos como si se hubiera apagado. La piel se le quedó vacía y marchita; el cráneo entero